

“LA TRAVIATA” (VERDI), PRIMER ELENCO:

Admirable dirección de Rizzi-Brignoli

JUAN ANTONIO MUÑOZ H.

“La traviata” (1853) es una de las cimas verdianas y una ópera de grandes dificultades que, salvo en las fiestas del primer y segundo acto, es una partitura de intimidad camerística, donde el brillo y la opulencia sonora solo son un marco para la descripción de la cruda realidad personal de una mujer. Roberto Rizzi-Brignoli, al frente de la Orquesta Filarmónica, subrayó desde los primeros compases, con ese llanto inicial de los violines, el clima triste dominante, cuidando los matices, haciendo atractivas propuestas de dinámica (en especial en el extraordinario concertante del segundo acto y en los acordes finales) y procurando que el sonido del grupo instrumental no abrumara por su potencia ni hiciera desaparecer las voces. Rizzi-Brignoli, además,

supo acceder a la vibración interna de esta música y a la paleta de motivos y colores que Verdi pide a su orquesta en ese continuo contraste de luz y tinieblas que propone el viaje dramático al que se asiste en una representación.

El Coro del Teatro Municipal (dirección de Jorge Klastornick), en cuyas filas todavía se pudo ver algunos coreutas con mascarilla, volvió a exhibir su salud vocal y su presencia. Aunque muy bien en el esperado brindis “Libiamo ne lieti calici”, tuvo sus mejores momentos en los coros de gitanas (“Noi siamo zingarelle”) y de matadores españoles (“Di Madride noi siam matadori”), y en el denominado “octeto con coro” con que finaliza el segundo acto.

En este nuevo título de ópera que el Teatro Municipal presenta en formato de concierto se tomaron algunas iniciativas

que vistieron mejor el espectáculo. Junto a una mayor preocupación por el vestuario, hubo una cauta y sencilla dirección dramática (Francisco Krebs), que sostuvo el trabajo de los solistas y el coro, y también sugerencias de iluminación (Ricardo Castro) que permitieron plasmar las diversas atmósferas emotivas que surgen desde el relato y la música.

Cabe pensar qué resultado hubiera tenido esta ópera de contar con un elenco apropiado. Violetta es rol para una gran trágica, además de ser una parte de enormes exigencias vocales; es en ella en quien recae el mayor peso y el principal interés. Con una intención expresiva aún no resuelta y un canto aproximativo producto de una emisión inestable y de un vibrato que le causa problemas en los centros y en su llegada a los agudos, la soprano italiana Francesca



T. MUNICIPAL / PATRICIO MELO

La soprano italiana Francesca Sassu y el tenor chino Long Long.

Sassu no cuenta con los medios para afrontar este arduo personaje. El chino Long Long es un tenor lírico con tintes baritoniales y un actor comunicativo; si bien lució una proyección de cierta solidez, su

voz tiende a estrecharse en los agudos, lo que afectó, por ejemplo, el do final de la *cabaletta* “O mio rimorso, o infamia”. El barítono chileno Javier Arrey posee un material de bello color y su línea de canto es cuidada; sin embargo, Germont, al igual que otros roles de padre en Verdi, piden un poderoso registro central y una alta capacidad expresiva que él aún está por desarrollar. Sería notable escucharlo como Enrico de “Lucia di Lammermoor” (Donizetti) o Riccardo de “I Puritani” (Bellini).

En este marco vocal, brilló la seductora Flora de la mezzosoprano Evelyn Ramírez, de bella voz y estupenda figura. Cumplieron adecuadamente con su cometido Paola Rodríguez (aplaudida Annina), Gonzalo Araya (Gastón), Eleomar Cuello (Barón Douphol), Arturo Espinosa (Marqués D’Obigny) y Pedro Alarcón (Doctor Grenvil).